

Ningún hombre presenta en sí mejor modelo de la vagabunda curiosidad del renacimiento del saber que el genial florentino, Leonardo da Vinci, dotado de penetrante vista y firme mano. A sus dotes de pintor, escultor, arquitecto, se unían de modo admirable las de ingeniero, matemático, científico, sabio.

Si su obra científica se hubiera dado a la estampa, en vez de permanecer oculta durante siglos en las quinientas hojas garrapateadas y a medio esbozar de sus "Cuadernos de apuntes", la reputación científica de Leonardo hubiese ^{sido} mucho mayor de lo que fue. Explorador verdadero en el campo de la ciencia, dejó esbozados en esos "Cuadernos" muchos de los descubrimientos más notables de otros sabios más recientes: Galileo, Harvey, Newton y Langley, para no citar sino unos cuantos. Tan vasto y sutil fue el ingenio de Leonardo, que toda nueva

elaboración de los materiales por él acopiados nos descubre nuevas y provechosas observaciones.

En sus "Cuadernos", Leonardo manifiesta un espíritu de observación agudo y cuidadoso, profético, que se aplica a muchos temas: la palanca, la rueda, los ejes, los cuerpos que caen libremente, la aviación y otros puntos de mecánica, "paraíso de las ciencias"; a la astronomía y a la óptica; a la anatomía y a la fisiología; a la hidráulica y a los fósiles. Hizo exactos dibujos de anatomía, determinando las proporciones geométricamente cabales del cuerpo.

Experimentador acuciado por una auténtica curiosidad científica, sus trabajos inconclusos son más bien notas detinadas a poner orden en sus procesos mentales y a estimularlos. "Comenzando la naturaleza por la causa y terminando por el efecto -decía-, nosotros, por el contrario, hemos de seguir el plan inverso, comenzando por la experiencia del efecto para indagar, mediante ella, la causa".